

DAVID FARLAND

*Los señores de
Las runas*



Este es un mundo de hechiceros y guardianes de la Tierra, de reyes y caballeros ecuanímes. Un mundo donde brilla el filo de las espadas y abunda la crueldad, un mundo en donde los hombres y mujeres obedecen a sus señores y hasta mueren por ellos...

Es este es el mundo en el que el joven príncipe Gaborn Val Orden de Mystarria, señor de las runas, dotado de la percepción y fuerza recibidas de sus vasallos, viaja para pedir la mano de Iome de Sylvarresta junto con su escudero cuando inesperadamente descubren a una pareja de asesinos que piensan atacar al padre de la princesa.

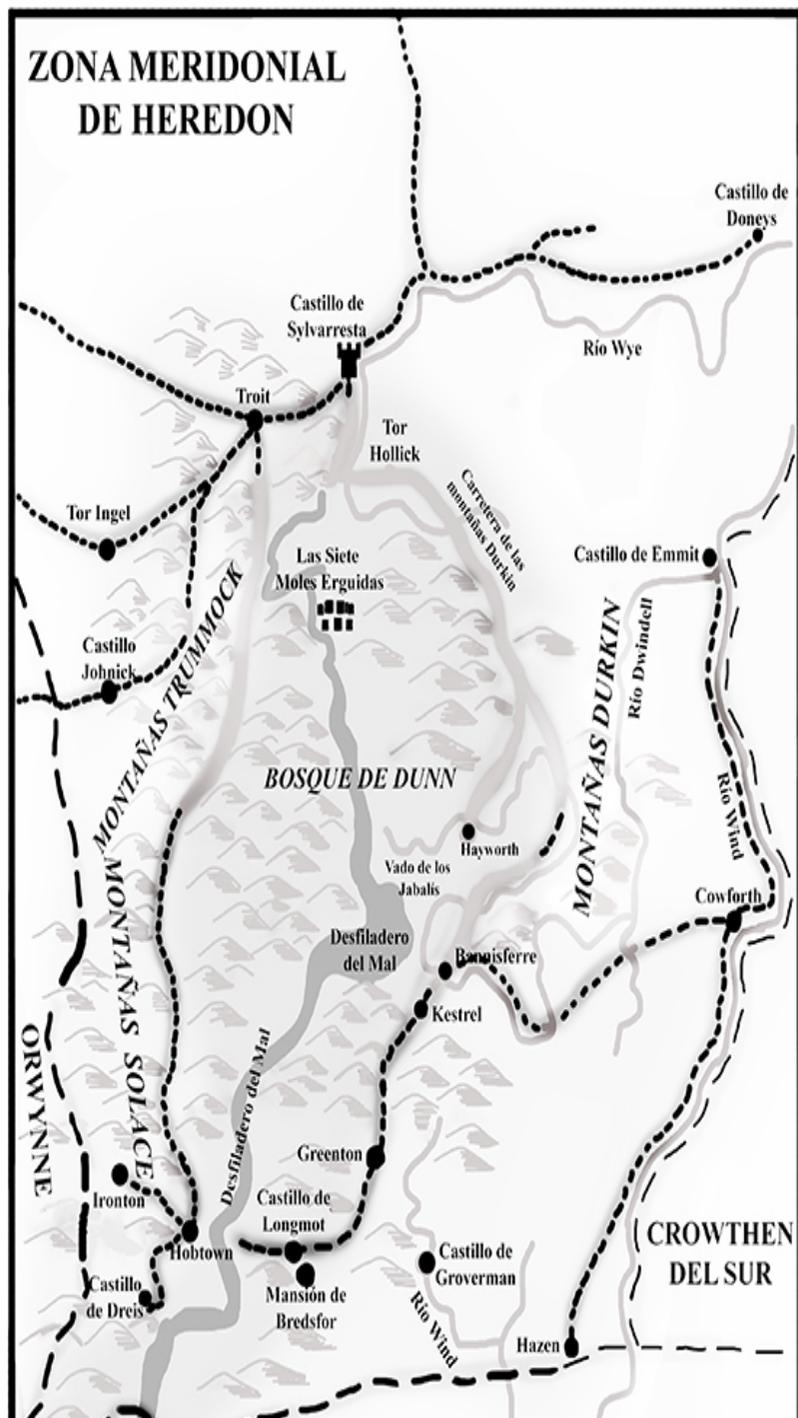
Cuando ambos corren a avisar al rey descubren que no solo la familia real está en peligro sino todos los humanos, y que para salvarlos Gaborn deberá aprender a usar sus recién adquiridos poderes.

«Algunas sagas de fantasía son reconocidas de inmediato como obras de arte, como las de George R. R. Martin, Robert Jordan y Terry Goodkind. Añadan a David Farland y su serie épica *Los señores de las runas*».

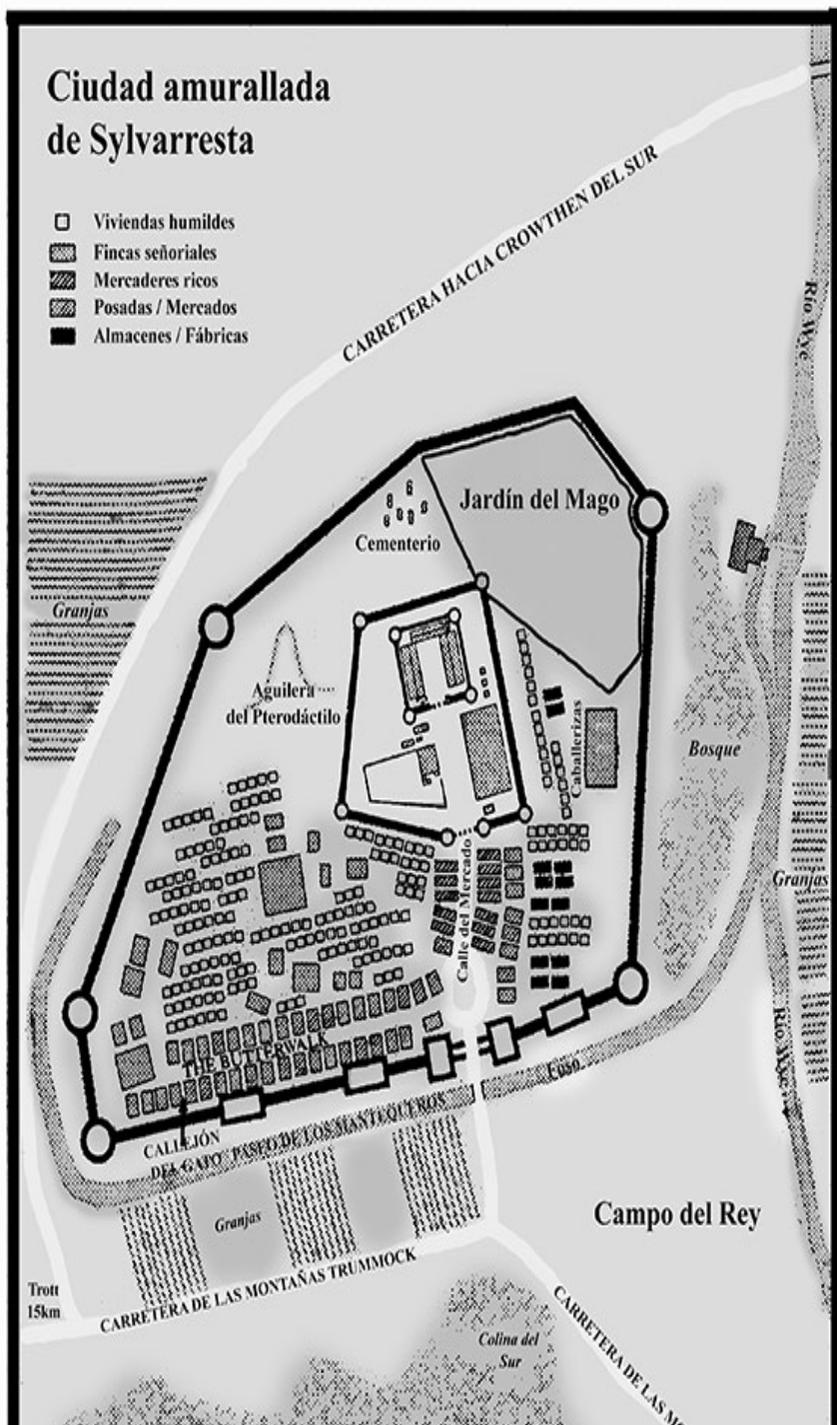
Debo agradecer la colaboración de muchas personas que ayudaron a dar forma a este libro. Quizá las más importantes entre ellas sean Jonathan y Laurel Langford, no solamente leyeron el libro una vez, sino dos y redactaron anotaciones detalladas.

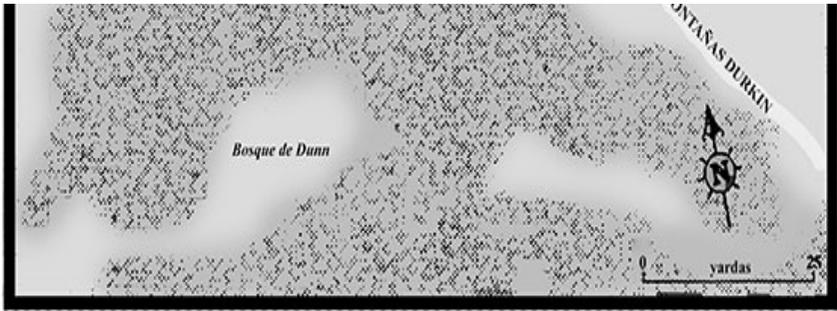
Además, debo dar las gracias a David Hartwell, Tad Dembinski y Tom Doherty, mis editores en Tor, por su esmero y consideración. Otras personas que aportaron un apoyo valioso fueron Lee Allred, Russell Asplund, Virginia Baker, Scott Bronson, Michael Carr, Grant Avery Morgan, Scott Parkin, Ken Rand y Bruce Thatcher, de Pilgrimage, mi grupo literario. Asimismo, debo dar las gracias a Les Pardew, Paul Brown tercero, Sandy Stratton, John Myler y Dave Hewitt.

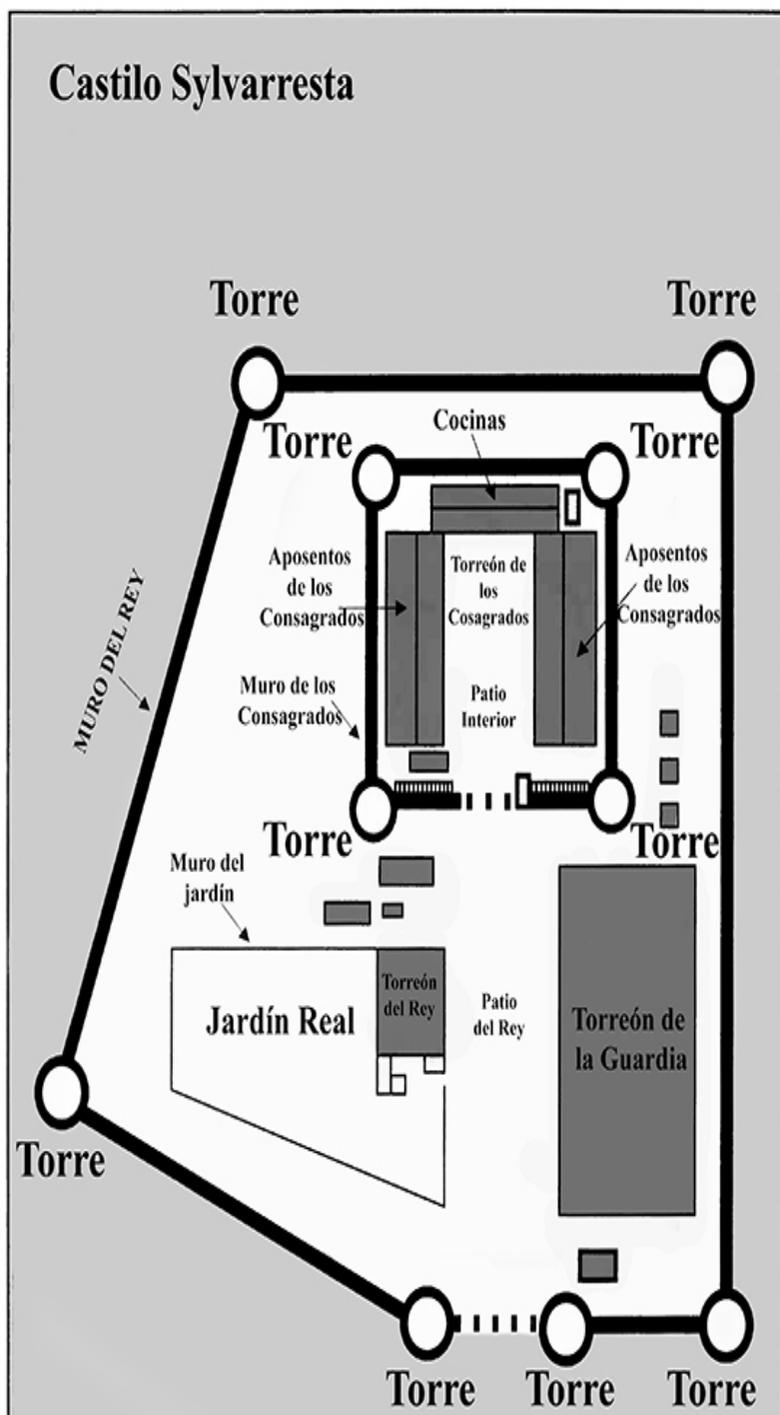
Un agradecimiento especial a mi mujer, Mary, y a mis hijos, quienes vivieron sin padre mientras escribía.













Primer Libro

Decimonovena jornada del mes de la
cosecha



Un día espléndido para una emboscada

Capítulo 1



Comenzó en la oscuridad.

En los alrededores del castillo de Sylvarresta, las efigies del Rey de la Tierra engalanaban la ciudad. Por todas partes se podían ver colgadas de los escapates de las tiendas, erguidas contra las puertas de la ciudad, o clavadas junto a los umbrales; apostadas en cualquier lugar donde el Rey de la Tierra tuviese acceso a los hogares.

Muchas de las imágenes consistían en crudos objetos hechos a mano por niños, unas cuantas cañas retorcidas con forma de hombre, a menudo con una corona de hojas de roble en el pelo. Aunque en las puertas de las tiendas y las tabernas las imágenes eran más vistosas, hechas de madera y en tamaño natural, a menudo pintadas y peinadas minuciosamente, y con ropa de viaje de lana verde de calidad.

Por aquellos tiempos, se contaba que en la noche de Hostenfest el espíritu de la tierra ocupaba las efigies y el Rey de la Tierra despertaba, y era con ese despertar que el rey protegía a las familias durante otra estación y les ayudaba a recoger las cosechas.

Era esta temporada festiva y jubilosa. Durante la noche de Hostenfest, en los hogares, cada padre representaba el papel del Rey de la Tierra dejando regalos delante de la chimenea. Y así, al amanecer del primer día de Hostenfest, los mayores recibían botas de vino joven o barriles de cerveza negra; para las niñas el Rey de la Tierra traía muñecas tejidas de paja y flores silvestres, para los niños espadas o carros de bueyes tallados en fresno.

Todos estos presentes que regalaba el Rey de la Tierra representaban un símbolo de la riqueza del rey, las enormes reservas de «el fruto de los bosques y de los campos» que, según la leyenda, aquel concedía a los que amaban la tierra.

Así pues, los hogares y las casas en torno al castillo estaban bien adornados aquella noche, el decimonoveno día del mes de la cosecha, cuatro días antes de Hostenfest. Las tiendas estaban limpias y bien surtidas para la feria de otoño que se celebraría en breve.

Ya casi amanecía y las calles estaban desiertas. Aparte de los centinelas de la ciudad y algunas nodrizas, los únicos que tenían motivos para estar despiertos tan tarde eran los panaderos del rey, quienes en aquel momento quitaban la espuma a la cerveza del rey y la mezclaban con la masa de las barras de pan para que fermentara antes del alba. Cierro que el río Wye estaba lleno de anguilas en su migración anual, con lo que uno podría pensar que algún pescador saldría por la noche. Pero los pescadores habían vaciado las trampas de mimbre una hora después de la medianoche y entregado barriles llenos de anguilas vivas al carnicero, a fin de que este las despellejara y las salara con bastante antelación al segundo turno de guardia.

Al otro lado de la muralla de la ciudad, los verdes pastos al sur del castillo de Sylvarresta se veían salpicados de oscuros pabellones ya que las caravanas de Indhopal habían viajado al norte para vender la cosecha de especias estivales. En los campamentos situados entre la muralla de la ciudad y la del castillo todo estaba tranquilo, a excepción del ocasional rebuznar de asnos.

Las murallas de la ciudad estaban cerradas, y todos los extranjeros habían sido escoltados fuera del barrio de los mercaderes hacía ya largas horas. A aquellas horas de la noche, no se movía un alma por las calles salvo algunos ferrin.

Por tanto, nadie podía presenciar lo que estaba ocurriendo en cierto callejón oscuro. Ni siquiera el oteador del rey, quien poseía el don de la vista de otras siete personas y montaba guardia en el nido del viejo pterodáctilo sobre el torreón de los Consagrados, hubiese podido avistar si allí abajo, en las angostas calles del barrio de los mercaderes, se movía algo.

Sin embargo, en el callejón del Gato, perpendicular al paseo de los Mantequeros, dos hombres forcejeaban entre las sombras intentando hacerse con el control de un puñal. De haberlos visto, ustedes pensarían que se trababa de tarántulas enzarzadas en una lucha: brazos y piernas retoriéndose frenéticamente mientras la cuchilla resplandecía vertical, enganchados mientras los pies buscaban a tientas dónde apoyarse en el desgastado empedrado, ambos hombres gruñían y tensaban el cuerpo con intenciones mortíferas.

Los dos hombres vestían de negro; el sargento Dreys, de la Guardia del Rey, vestía librea negra con el jabalí de la Casa de Sylvarresta bordado en plata. Su atacante vestía una holgada chilaba de algodón negro al estilo preferido por los asesinos procedentes de Muyatin.

Aunque el sargento Dreys pesaba unos veinticinco kilos más que el asesino, poseía el don de la fuerza física de tres

hombres y podía levantar trescientos kilos de peso sobre la cabeza sin dificultad, temía no poder vencer al otro.

El alumbrado de la calle consistía en el resplandor de las estrellas que escasamente penetraba en el callejón del Gato. El callejón apenas tenía dos metros de anchura y las casas de tres pisos se apoyaban sobre cimientos hundidos, de forma que los tejados combados casi rozaban a unos metros sobre la cabeza de Dreys.

El sargento apenas veía nada en el callejón, solamente distinguía el brillo de los ojos y los dientes de su agresor, un aro con perlas en el orificio nasal izquierdo, y el destello del puñal; el olor a bosque se aferraba a la casaca de este tan violentamente como el de anís y curri del aliento.

No, Dreys no se encontraba preparado para pelear allí en el callejón del Gato, sin armas y únicamente con un escrocón de lino que normalmente se ajustaba sobre la loriga, las calzas y las botas. Uno no suele ir al encuentro de la amante armado y con la armadura puesta.

Apenas hacía unos instantes que había entrado en el callejón para asegurarse de que no había centinelas en el camino, cuando oyó cierto estruendo detrás de una pila de calabazas amarillas junto a uno de los puestos del mercado. Dreys pensó que su presencia había interrumpido a un ferrin cazando ratones o en busca de algo de tela que ponerse, así que se volvió, esperando ver una criatura regordeta y con forma de rata que se escondía, y fue entonces cuando el asesino se le abalanzó desde la penumbra.

Ahora el asesino se movía rápidamente, sujetaba el puñal firmemente, transfiriendo el peso de una pierna a otra, y haciéndolo girar. La cuchilla centelleó peligrosamente cerca de la oreja de Dreys, pero el sargento la esquivó hasta que el brazo del hombre serpenteó, acuchillándole la garganta. Dreys consiguió detener la muñeca del otro hombre, que era más menudo, durante unos segundos.

—¡Asesino, maldito asesino! —gritó Dreys.

¡Un espía!, pensó. ¡He pillado a un espía! Solo podía imaginarse que había interrumpido al tipo mientras este se hacía un plano del área del castillo.

Le propinó un rodillazo en la ingle al asesino levantándolo por los aires, tiró del brazo con el cual el otro empuñaba el arma, con la intención de retorcérselo.

El asesino soltó una de las manos que agarraban la navaja y le dio varios puñetazos muy seguidos a Dreys en el pecho, rompiéndole las costillas. Evidentemente, el hombrequito había sido marcado con runas de fuerza. Dreys supuso que el asesino poseía la fuerza de cinco hombres, quizá más. A pesar de que ambos eran increíblemente fuertes, los dones de fuerza incrementaban la energía de los músculos y tendones, aunque no concedían a los huesos ningún tipo de resistencia extraordinaria. Este enfrentamiento iba degenerando rápidamente en lo que Dreys llamaría «un quebrantamiento de huesos».

Le costaba dominar las muñecas del otro, que tenía asidas, y estuvieron forcejeando un rato.

Dreys oyó gritos roncós:

—¡Creo que por allí! ¡Por allí!

Se acercaron por la izquierda, la calle siguiente era la calle Bagatela, donde las casas no se amontonaban ni se arremolinaban tanto y donde *sir* William había construido su nueva mansión de cuatro plantas. Las voces debían de pertenecer a la Guardia de la Ciudad (los mismos centinelas que Dreys había estado eludiendo) a quienes *sir* William tenía sobornados para que descansaran bajo la farola de la puerta de su casa.

—¡El callejón del Gato! —aulló Dreys.

Tan solo tendría que seguir agarrando al asesino unos instantes más, y asegurarse de que el fulano no le pegara una puñalada o escapara.

En su desesperación, el sureño consiguió soltarse y le atizó otro puñetazo en la parte superior del pecho, rompiéndole más costillas. Dreys apenas sintió dolor, ese tipo